

Comunicaciones y desarrollo:

MAS ALLA DE MITOS MODERNIZANTES Y MODISMOS MANIQUEISTAS

**EDUARDO
CONTRERAS B.**

Se refiere al uso de la comunicación para el desarrollo, los proyectos locales, la planificación y la investigación de la comunicación aplicadas a micro-contextos sociales.

Rememora la década del sesenta como la pretendida época dorada de las comunicaciones bajo la óptica modernizante.

Critica excesos teóricos y practicistas, y detalla los esfuerzos de formación de CIESPAL/FES en planificación e investigación de la comunicación para el desarrollo. Es hora de poner la teoría al servicio de las prácticas, concluye.

Prolegómeno algo prescindible

De pronto a uno le piden que se escriba el primer ensayo para este CHASQUI que me ha tocado organizar y se me ocurre que es mejor partir así, con harta poca solemnidad. Sería torpe decir que no sé cómo responder al desafío -después de todo, son algunos años de circo en los que me he enriquecido enormemente gracias a la suerte de haber estado tan involucrado a nivel latinoamericano en una temática que coincide con mis propios intereses. Involucrado, formalmente como investigador y educador, e informalmente -o vivencialmente, mejor- como colega, compañero, copartícipe y aprendiz.

Menos torpe y más honesto es reconocer de partida que no sé hacia dónde llevarán las reflexiones que siguen, cristalizaciones imperfectas de una práctica profesional que no por girar en torno a la misma gran temática -cómo poner las comunicaciones al servicio de un desarrollo más justo y solidario- ha dejado de ser polifacética, tan problemática como rica, y siempre novedosa. Y si tengo una certeza es que no lograré capturar la riqueza cotidiana de esa práctica, ni siquiera con el inestimable concurso de los autores a quienes he solicitado su aporte para este número. Creo, además, que así debe ser (el por qué irá surgiendo más adelante).

Lo que sigue es un ensayo en la más vieja acepción del término. No es, ni jamás intentó ser, una especie de "estado de la cuestión". Hasta cierto punto, es una rememoranza parcial de un itinerario personal de viaje por las re-

giones de los usos de la comunicación para el desarrollo, los proyectos locales, la planificación y la investigación de la comunicación aplicadas a micro-contextos sociales.

¿Por qué el extraño título? Además de que suena como impresionante -o por lo menos intrigante- nos parece que todo parece iniciarse bajo el ingenioso optimismo comunicacional de la teoría de la modernización (la teoría puede haber muerto, pero aún penan espíritus buenos y malignos), prosigue como exorcismo con el ataque teórico envalentonado del denunciismo, se desgasta en la adopción vulgar de modas teórico-metodológicas y hasta operativas: El Verdadero Camino de Lo Popular, Lo Alternativo, La Participación, jugadas al todo o nada efímeros. Claro está, esto ni resume correctamente lo que ha pasado ni deja de ser una provocación también simplista.

Por eso también el "Más allá de. . ." del título: no porque aquí esté la propuesta (no está), sino como reconocimiento efectivo de los caminos más realistas que muchos hemos comenzado ya a transitar desde algún tiempo. Ya no La Palabra, sino las palabras, ya no las lenguas sin brazos ni las manos sin voces; ya no La Teoría en búsqueda ilusoria y desgana de las prácticas que nunca serían, sino las prácticas concretas, históricas, imperfectas, germinando el perdido sentido de la praxis, exigiendo que lo abstracto se eleve ya y de una vez a lo concreto.

Ultima precisión, ésta no prescindible: si bien lo que sigue son reflexiones personales, y respondo de mis subjetivismos, dejo clara constancia de lo

mucho que he ido aprendiendo de tantos y tantos con quienes hemos compartido talleres y asesorías, cursos y seminarios. Son muchos para nombrarlos, y sólo menciono en especial a mi compañero en FES/CIESPAL, Daniel Prieto C., más allá del hecho de que con él, y antes con Luiz Motta, hemos ido caminando juntos, a veces por senderos distintos, a veces en silencios de mutua comprensión, pero en una misma dirección: la formación de personal para investigar y planificar en proyectos populares de comunicación.

Para no repetir la historia(1)

La década del sesenta fue indudablemente la época dorada de las comunicaciones para la modernización, es decir, para postular el rol crítico que la comunicación, y en especial la de masas, podría jugar o de hecho parecía estar jugando en el desarrollo de las que aún eran llamadas sociedades subdesarrolladas o tradicionales. Carente de una tradición teórica propia que le permitiese entenderse dentro de su contexto social, la comunicación se amparó bajo el manto de la teoría de la modernización. Dos obras clásicas, *The Passing of Traditional Societies* de Daniel Lerner (1958) y *Mass Media and National Development* de Wilbur Schramm (1964) fijaron un tono esencialmente optimista: las comunicaciones acelerarían el tránsito hacia la modernidad. Específicamente en el área rural, tal teoría pareció operacionalizarse en el

difusionismo. Las políticas y prácticas de comunicación pro-desarrollo quedaron tan prisioneras de los supuestos de esta tradición como antes se habían evanecido a nivel más macro, con el espectacular papel que la primitiva teoría de la modernización les ofrecía.

¿Qué podía ofrecer en general, la comunicación de masas? De inicio, obviamente, la capacidad para llegar a muchos rápidamente y con el mismo mensaje. Si no existía esa capacidad en un país, debía crearse a través de la expansión de las facilidades de comunicación (Cf., por ejemplo, los requerimientos mínimos que UNESCO establecía para número de radios o periódicos por mil habitantes). Lo que efectivamente se necesitaba era audiencias. La gente tenía que recibir información sobre el sistema (en muchos casos, como en África, sobre la emergencia y constitución del propio estado-nación), y sobre los roles que de las personas se esperaba y demandaba. Tenían que ser socializadas en nuevas formas de vida, capacitadas en nuevas habilidades, y transformadas desde sus muy arraigadas costumbres, creencias y valores tradicionales. Había que proponer nuevos valores, disgregar a las fuerzas antimodernizantes, desarrollar nuevas lealtades políticas, reformular o estimular aspiraciones y expectativas.

En suma, el sistema social tenía que comunicar valores e información requeridos a fin que la gente pudiera satisfacer las demandas de roles que una sociedad moderna en emergencia debía

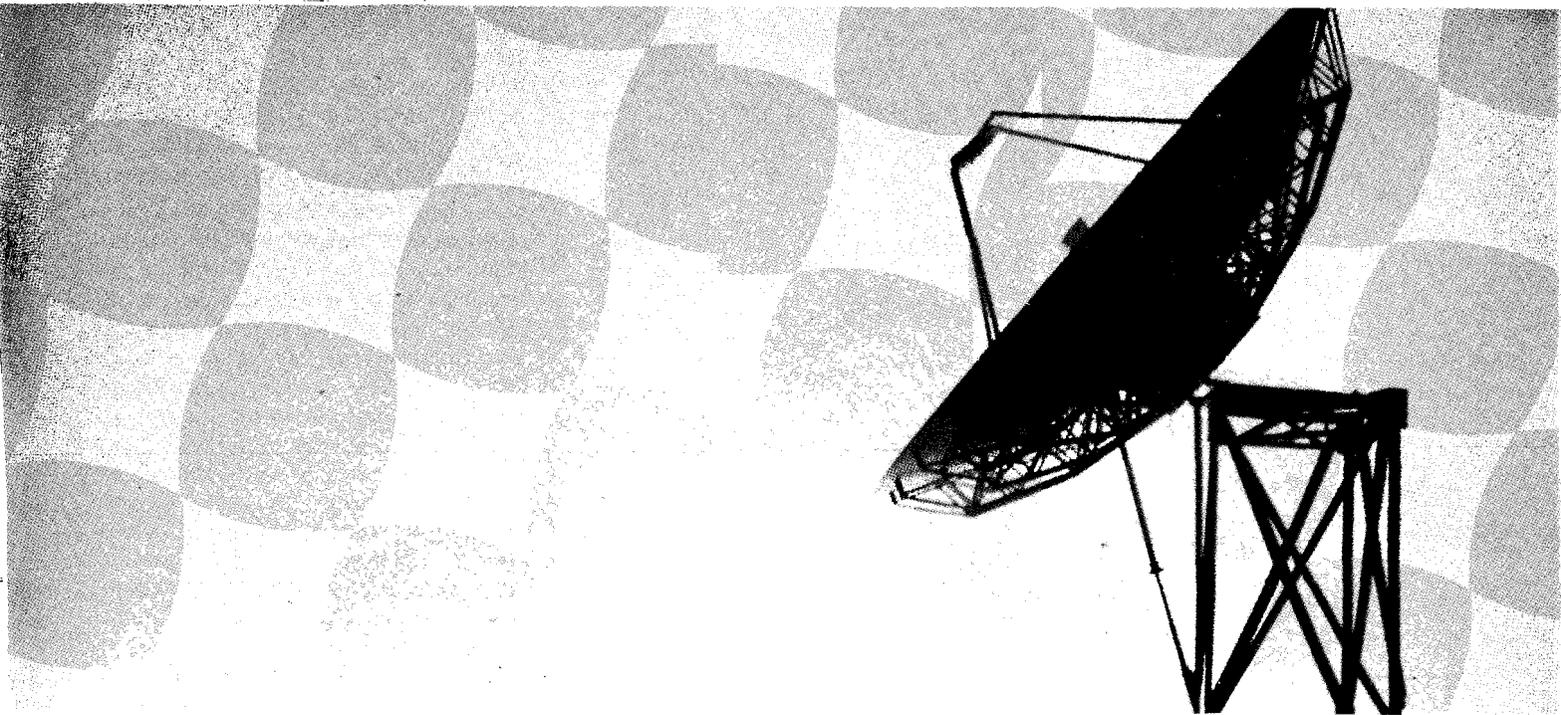
solicitar de sus integrantes.

Un supuesto crítico en esta perspectiva optimista era que el contenido de los medios de comunicación es, por definición, modernizante. Independientemente de cualquier mensaje específico, los medios serían un insumo moderno dentro del contexto de una sociedad tradicional. No cabe duda que desde entonces hasta hoy hemos logrado al menos una comprensión mucho más sofisticada de la significación social de medios y mensajes y de las diferentes producciones de sentido.

Ahora bien, respecto del área rural, y dentro de la vieja óptica, hubo contenidos modernizantes específicos, relativos a difusión de innovaciones agrícolas. Sobre ello hay una cantidad de estudios empíricos inscritos en esa tradición. La obra seminal es la de Everett Rogers, *Diffusion of Innovations*, que ya va en su tercera edición íntegramente revisada (1982), recogiendo parte importante de las críticas habidas desde la primera edición de 1962. (2)

Detengámonos un poco en la cuestión del difusionismo, ya que explícita o implícitamente las estrategias difusionistas o extensionistas aún dominan parte importante del quehacer comunicativo para el desarrollo, y no solamente en el área rural. Además, nos provee de interesantes lecciones.

Ya en 1971, Benno Galjart sostenía (3) que la dicotomía tradicional-moderno no ha podido explicar el desarrollo agrícola en los países más pobres, y proponía tres factores que serían



apropiados para dicha comprensión: ignorancia, falta de deseo, e incapacidad. La ignorancia se refiere a la falta de conocimiento: el agricultor no sabe de la innovación, o si tiene cierta conciencia de ella, no domina el "cómo" (know-how). La falta de deseo no implica ignorancia o una incapacidad para innovar, sino la presencia de valores o actitudes que impiden la innovación. Si el primer elemento se resuelve con información, el segundo apunta más directamente a lo que usualmente se han denominado las barreras culturales a la modernización.

En buena medida, la mezcla de estos dos factores inundó las nociones del agricultor tradicional y posibilitó plantear estrategias particulares de intervención. Puede verse fácilmente que así restringido el problema, éste puede reducirse al nivel individual: un agricultor que carece de información y cuyas actitudes no son favorables al cambio.

De algún modo, quizá por el hecho que el difusionismo se prestó mucho de la evidencia y de las interpretaciones desarrolladas en y para un ámbito rural muy particular (el de los EE.UU.), se le puso poca atención a los rasgos estructurales de los contextos rurales tradicionales que limitaban una aproximación comunicativa para superar las barreras al modernismo. El tercer factor de Galjart, la incapacidad, se refiere pre-

cisamente a esas barreras. Al nivel individual, significa que el agricultor no puede cambiar, aunque sepa lo que podría hacerse y desee hacerlo, debido a limitaciones situacionales. Este factor de incapacidad ha pasado en general desapercibido en la investigación sobre difusionismo.

La pregunta era: ¿quiénes son los que innovan primero?, en vez de: ¿cuáles son las consecuencias sociales de un proceso de difusión que opera tal como lo predice el modelo? En términos de políticas, la primera pregunta era la más importante. Había necesidad de identificar un punto de ingreso al sector tradicional. Así, se estudian cuidadosa y exhaustivamente las características de los adoptadores iniciales (innovadores), a fin de proporcionar pautas para preocupaciones eminentemente prácticas y urgentes. Así también se estudian los canales de comunicación que parecen los más adecuados para ellos (4).

Lecciones

Esta discusión sobre difusionismo tiene más que un valor anecdótico. En primer lugar, es precisamente a través del estudio particularizado de intervenciones comunicativas como uno va descubriendo no sólo las estrategias puestas en juego y sus consecuencias, sino también los supuestos

comunicacionales y sociales subyacentes y hasta una ideología de la comunicación como factor determinante de la transformación social. Incidentalmente, muchos proyectos redencionistas de comunicación popular o de investigación participativa recientes reiteran valoraciones míticas y descontextualizadas de la comunicación y/o de la participación.

Teóricamente, y a un nivel adecuado de abstracción, la comunicación podría considerarse como el proceso social fundamental. Pero no puede haber un reduccionismo teórico ingenuo, desde una afirmación de cierta validez genérica, hacia una consideración de procesos comunicativos específicos que operan bajo restricciones sociales específicas y para los cuales se espera un rol importante para el desarrollo. Si no se consideran precisamente esos factores "particularistas" de historia y estructura, el rol pro-desarrollo de la comunicación se sobreenfatiza inadecuadamente y además, queda así sobresimplificado.

Otra lección es que para entender el potencial de la comunicación se debe partir necesariamente con un examen serio del contexto social bajo el cual se espera que opere "la" comunicación. Es decir, antes de acusar a la comunicación -en rigor, al proceso comunicativo específico puesto en juego- de no hacer lo que en verdad no podía hacer, o de poseer expectativas inadecuadas sobre su potencial, se debería examinar cuidadosamente no sólo el contexto microsocioal sino también las relaciones que vinculan al sistema de comunicación con el sistema macrosocioal del cual es parte. La comunicación desempeña importantes funciones para la sociedad mayor, y es de esta sociedad desde la cual se establecen los límites para la comunicación.

Bajo las teorías de modernización y difusionismo, en tanto teóricamente no se había considerado adecuadamente el contexto mayor, no existía la noción de un contexto social lleno de restricciones y obstáculos estructurales para las intervenciones comunicativas. Esas intervenciones tenían así la marca de un profundo psicologismo e individualismo, es decir, se creía que cambiando actitudes, valores y creencias tradicionales del individuo se iba a lograr un efecto de desarrollo; se pensaba que proveyendo de información donde ella faltaba se lograrían los efectos deseados. Si el problema es así conceptualizado, la solución es -lógicamente- comunicacional: transmitir información, modificar actitudes y creencias, etc.

Hay un aspecto adicional a resal-



tar, dado que nadie objetaría con seriedad a hacer un análisis del contexto social de la comunicación. Tiene que ver con el hecho que hay que teorizar, que hay que desarrollar un modelo de sociedad que de algún modo refleje los rasgos esenciales de las complejas realidades que se trata de comprender. La comunicación, como un campo relativamente joven, fundamentalmente se ha prestado paradigmas de la sociedad de otras disciplinas. Así como parte del campo de la comunicación se apoyó fuertemente en una base psicologista, así también la comunicación para el desarrollo tomó el paradigma clásico de la modernización muy literalmente, como atajo para la comprensión del contexto social y para su inserción en la supuesta direccionalidad del proceso de transición al modernismo. La crisis del paradigma de la modernización no fue causada por las frustraciones de los comunicadores, pero la situación obligó a los investigadores de la comunicación a buscar en otros lugares.

No obstante, por importante que sea buscar nuevas conceptualizaciones de la sociedad y de la comunicación, es necesario preocuparse también de las implicaciones para políticas, es decir, qué es lo que se puede hacer hoy que

La teoría y la investigación en comunicaciones tienen que arriesgar si desean incidir en las prácticas.

sea posible y valdiero a la luz de orientaciones valóricas e ideológicas y de la imagen de la sociedad que uno tenga.

Así, por ejemplo, una perspectiva más fructífera para estrategias de comunicación bajo restricciones estructurales es aprender a trabajar bajo ellas, y a trabajar con eficiencia y efectividad. Una tarea, por tanto, es de tipo externa y tiene que ver con diagnósticos y pronósticos acertados de las condiciones sociales que afectan a las actividades, proyectos y políticas de comunicación. La otra tarea es interna y tiene que ver con maximizar la eficiencia de las estrategias de comunicación, y como comunicadores habrá que insistir, contra el facilismo y el espontaneísmo, que la tarea de implementar estrategias pertinentes de comunicación para o con sectores popula-

res no es un desafío menor que el de encontrar caminos de salida de las propias restricciones estructurales societales a través de estrategias políticas.

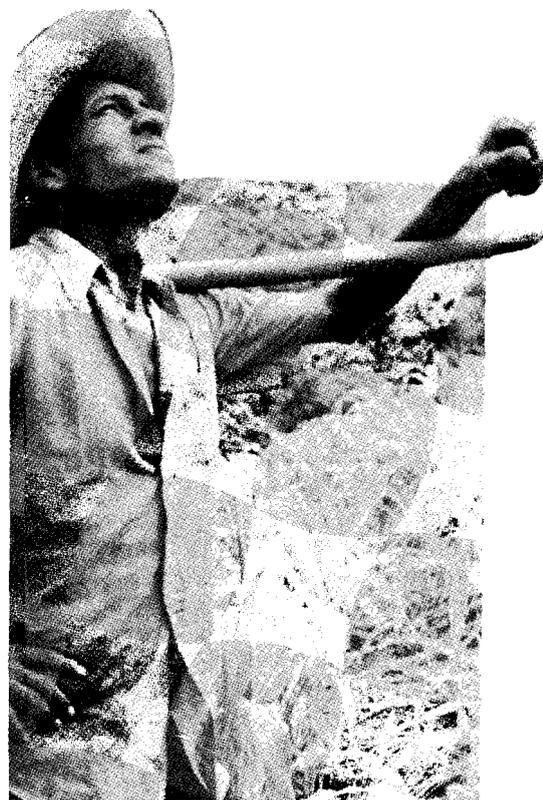
Otra lección posible: es interesante observar cómo en el difusionismo se entremezcla lo teórico y lo práctico. No es una teoría ausentista, o sólo preocupada por ver y comprender: sobre todo busca intervenir en la realidad que analiza, prescribir lo que podría y debería hacerse, y todo ello en términos muy pragmáticos (a veces hasta triviales: sobre-dimensionamiento del esfuerzo investigativo respecto a su objeto o finalidad). Lo que deseamos recalcar es que la teoría difusionista mantuvo una fértil relación con las prácticas extensionistas. Fértil, sin embargo, no implica 'correcta'. De hecho, había deficiencias en su abordaje teórico por varias razones. Entre ellas, por el tipo de lectura teórica que hacía de la realidad rural -lo que veía o quería ver, lo que no veía o no podía ver. También porque construía muy mecánicamente a partir de lo que las propias prácticas de difusión estaban haciendo y transformaba así la descripción de lo prevaleciente en una especie de normativa de lo que debería hacerse. A la vez, su intencionalidad era incidir operativamente sobre prácticas extensionistas, y no sólo analizarlas.

Lo que queremos resaltar no son las inadecuaciones teóricas. La lección que nos interesa es la de la relación teoría-práctica, el intento de poner explícitamente el trabajo teórico e investigativo al servicio de prácticas concretas de comunicación. El difusionismo nos muestra claramente los riesgos de esa opción. Pero es que las prácticas teóricas e investigativas tienen que arriesgar.

La alternativa es el academicismo, el teoricismo, el no ensuciar la elaboración conceptual con realidades concretas, por no decir empíricas. No deja de ser curioso que los actuales esfuerzos en investigación-acción y/o participativa también quieran redimensionar la relación teoría-práctica... y corran también los riesgos de una práctica investigativa inmersa en y atenta a los requerimientos concretos de realidades específicas que además buscan expresamente transformar.

Interludio teorista

Le y pendular. No es que hayamos reaccionado en la región sólo contra los excesos empiricistas y los supuestos ideológicos de la modernización y el difusionismo, sino en general contra un tipo de "communication



Ideas y Acción (FAO) 155 (130)

research" que Luis Ramiro Beltrán definía como de "premisas, objetos y métodos foráneos" (5). Tal reacción creadora tuvo momentos brillantes y grandes aciertos. Pero en lo que al tema de este ensayo concierne, faltó quizá una articulación más coherente, más aterrizada, entre los planteos teóricos de carácter macro y en muchos casos extracomunicacionales o poco respetuosos de especificidades de la comunicación y de las prácticas comunicativas reales y las nuevas implicaciones que aquellos traían para los usos potenciales o ya en marcha de la comunicación para un desarrollo que fuese más nuestro y menos foráneo.

En efecto, fundamentalmente durante la década de los setenta, predominó en nuestra región, y no sólo para los comunicólogos, el privilegio de lo teórico y a nivel de lo macro: aparatos ideológicos, modos de producción, dominación y hegemonía, estructuras y más estructuras, discursos sobre el discurso dominante (era sólo uno y homogéneo: sin brechas, cooptador de todo, puro y teleológico). Todo ello era prerequisite para el estudio de la comunicación. Quizá, en el paroxismo, eso era en sí la comunicación. Sin un cuerpo teórico bien pulido jamás se llegaría a comprender a cabalidad lo que estaba sucediendo en el terreno de las prácticas comunicativas. Estas podrían esperar.

Visión, además, profundamente fatalista. No había cómo escapar de ese aterrador sistema dominante que todo lo impregnaba. Un engranaje maravillo-

so que se revelaba cada vez más, tras cada estudio más demoledor de la lógica del capital, como una obra divina, inexpugnable, inmutable, devoradora de todo esfuerzo alternativo que, por lo demás, se presentaba como vano esfuerzo contestatario.

Sea por los vaivenes políticos de la región, por las oportunidades perdidas, por el propio cansancio de un teoricismo estéril, por el flujo y reflujo de modos comunicacionales, el hecho es que de pronto fueron descubiertas las prácticas de comunicación popular. "Descubiertas" como se descubrió a América creyéndola Las Indias. Algo que no existía, y que de pronto está allí: terreno generoso, virgen y pleno de riquezas. Y "des-cubiertas" en el sentido de quitarnos las vendas de los ojos teoricistas y contemplar, admirados, aquello que habíamos ignorado.

Los usos de la comunicación: continuidad y ruptura

No es que se pueda periodizar de modo tajante, y hablar así de la era del difusionismo o del teoricismo. Se trata más bien de orientaciones

o preocupaciones dominantes. Los usos de la comunicación para el desarrollo siguieron dándose, debatiéndose en mayor o menor grado entre lo decadente y lo emergente. No hay cortes súbitos entre proyectos de comunicación dirigistas, paternalistas, extensionistas, y proyectos que comienzan a descubrir el valor de la participación, el respeto a los aportes culturales y comunicativos populares, además de una serie de dimensiones nuevas de la comunicación en apoyo a tareas fundamentalmente locales de educación, desarrollo, transformación, movilización y organización populares.

En general, al hablar de estos usos de la comunicación encontramos cierta relación -aunque muy amplia- con la comunicación alternativa, en el sentido que nos hallamos frente a un uso alternativo al uso convencional o tradicional propio de los medios de tipo comercial, masivos, dirigidos a una vasta audiencia anónima, es decir, comunicación de masas.

Cuando nos referimos a usos de la comunicación en proyectos, estamos hablando del uso intencional y deliberado

de procesos y medios de comunicación para lograr objetivos específicos de desarrollo y transformación social. Aceptemos, desde luego, que las concepciones sobre lo que es o no es desarrollo, cambio y transformación social son muy diferentes para diversos grupos y personas. Estas diferencias no son triviales. Pero por ahora, nos interesa recalcar que se trata de intervenciones comunicativas en función de uno o varios objetivos determinados de desarrollo, usualmente de carácter local o regional, y en áreas tales como educación no-formal, agricultura, organización comunitaria, salud, nutrición, etc., etc.

Convengamos de inmediato además que esta concepción es muy amplia. Según la adjetivemos y precisemos, cabrán allí tanto un proyecto convencional extensionista como una práctica más genuina de comunicación popular. No somos tan ilusos como para suponer que sean equiparables o tengan la misma valoración en términos de cómo y hacia dónde llegan. Lo que deseo proponer es que partamos de un supuesto debatible pero pragmático. Si bien nuestro norte ideal son las prácticas de comunicación

Comunicación y cultura 13

Comunicación y cultura, Calzada del Hueso 1100, México 04960, D.F. Tel. 594 7833, ext. 169. Apdo. postal 21572 - 04000 México, D.F.

Satélites de comunicaciones: el sistema mexicano

Ligia María Fadul, Fátima Fernández,
Héctor Schmucler

El espacio audiovisual latino

Las industrias audiovisuales en España

Enrique Bustamante
Octavio Paz: El simulacro de la historia y la espectacularidad de los signos

Raymundo Mier
Televisión, crisis económica y cambio político en Brasil

José S. David Amorim
El caso italiano
Giuseppe Richeri

Los medios de comunicación y la metamorfosis de la sociedad civil

Javier Esteinou Madrid
El nuevo orden informativo: un fantasma del viejo pasado

Rubén Sergio Caletti
Comunicación: contracultura

Gustavo Esteva
Cine, epistemología y teoría del discurso

Lauro Zavala Alvarado
Anaqueles
Índice de los números 1 a 12 de
Comunicación y cultura

1 año (3 números) México \$ 1700
América Latina US \$ 15 (vía aérea)
Otros países US \$ 21 (vía aérea)



Comunicación y cultura aparece bajo los auspicios de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco y de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-X



Ideas y Acción (FAO) 155 (88).

popular, es preciso reconocer que hay esfuerzos de comunicación o educación con, en o para sectores populares, y no sólo del propio movimiento popular. Ese tipo de intervenciones comunicativas para aspectos específicos del desarrollo, representa, al menos en ocasiones y en parte de sus componentes, ciertas oportunidades para que los sectores populares vayan experimentando potencialidades de la comunicación para el enfrentamiento de necesidades cotidianas, y vayan apropiándose de procedimientos operativos.

Al igual que existe la televisión, estos proyectos, a veces de corte francamente manipulativo, existen y se implementan. Y si para la TV se trabaja hoy en día al menos con círculos de recepción crítica, en vez de propugnarse la inviable estrategia de no encender el televisor, también es necesario —puesto que tales proyectos de intervenciones comunicativas pro-desarrollo existen— aprender de ellos, de sus aspectos rescatables y también de aquellos otros más perniciosos.

En este sentido, incluyo también a aquellos proyectos que trabajan en los sectores populares como factor adicional que nos ayude, por ejemplo, a reorientar nuestras prácticas investigativas en tanto abran cauces para que éstas se tornen, al menos, más aplicadas. Para muchos investigadores ésta puede ser una puerta de entrada a formas más genuinas de comunicación popular, y hacia prácticas de investigación que se refugien menos en el teoricismo y en el individualismo.

Si estoy insistiendo en esta pers-

pectiva abierta y pragmática —que no equivale en absoluto a posturas oportunistas o eclecticistas— es como una salida (no es la única) para comunicadores que aspiran a vivir fuera de los laberintos teoricitas o lejos de la aspiración secreta de trabajar para los grandes medios.

Cuando en la sección anterior hablábamos de prácticas de comunicación popular “descubiertas”, lo hacíamos con un dejo de ironía triste. Tales prácticas eran ignoradas e inexistentes para algunos muchos. Pero esas prácticas no habían esperado la resolución teórica de infinidad de “problemáticas” que ellas debían enfrentar —que ya estaban enfrentando— en su tarea cotidiana. Allí sí, en el terreno, se estaba “descubriendo” la riqueza de las variadas prácticas de comunicación popular. Primero, mediante un trabajo benévolo y paternalista, unidireccional, de promoción social. Luego, mediante cuestionamientos —aún no agotados— del papel del “agente externo” y mediante el fomento de procesos más o menos espontáneos de comunicación popular, en que el propio pueblo iba descubriendo —a veces se le hacía descubrir— sus capacidades y modalidades expresivas y comunicativas, y las ponía al servicio de sus aspiraciones, necesidades y proyectos. Se descubrieron limitaciones y errores, muchos errores. Pero se siguió. Se fueron redefiniendo los ámbitos de cooperación entre grupos populares y agentes e instituciones mediadoras. De los dirigismos y espontaneísmos iniciales surgieron aprendizajes para una relación más adecuada; necesidades, mecanismos y contenidos de formación concordes con

la real situación concreta, histórica y específica de múltiples grupos populares en el campo primero, en los espacios marginales urbanos luego, y en las organizaciones de base y de clase después. Larga y rica historia de la cual apenas conocemos fragmentos.

Como sea, el hecho es que las preocupaciones teóricas en comunicaciones por un lado, y las prácticas de comunicación popular por el otro, marcharon durante tiempos por sendas divergentes. Muchos acompañamientos a prácticas hoy llamadas de comunicación popular no nacieron de los comunicadores profesionales, como sí aconteció notablemente con los educadores que, con todas las contradicciones que se quiera, entraron a ocupar un inicial rol acompañador mediante la alfabetización y la educación de adultos, la educación no-formal, la concientización, etc. Y los educadores populares de hoy en día han tenido un duro aprendizaje desde las prácticas populares con sentido educativo. Es hora ya que acontezca lo mismo con los comunicadores. Para eso habrá que aprender y-desaprender bastante.

Más allá del practicismo y del academismo

Si por un lado el teoricismo fue una anteojera para muchos, por otro lado los grupos que estaban en el terreno, haciendo comunicación popular o al menos intentándolo, cayeron muchas veces en el practicismo, en un vértigo apasionado del hacer —acosados por las múltiples exigencias de proyectos de carne y hueso— sin tener momentos suficientes para un alto en el camino, para reflexionar sobre lo que se hacía y su sentido. Practicismo junto con un necesario mesianismo. En los momentos en que esas prácticas se desenvuelven huérfanas de apoyo, contra la corriente, aisladas y solitarias, golpeadas y reprimidas, efímeras, hay que creer profundamente en lo que se hace; creer que el esfuerzo equivale a la efectividad, descontar la crítica de los que juzgan desde afuera, como condición para hacer sobrevivir la esperanza.

*Las experiencias
de comunicación popular
no esperaron
la resolución teórica
de “problemáticas”.*

Es esa óptica de intentar superar vicios de teoricismo y practicismo la que nos ha orientado en nuestras tareas de formación en CIESPAL, y la que nos ha hecho privilegiar tanto a profesores universitarios de investigación y planificación de la comunicación como a personal de proyectos de comunicación en la base. A estos últimos, como un aporte entre muchos (afortunadamente, ya son varias las instituciones y organismos mediadores que acompañan a proyectos populares, sobretodo en el área de for-



Ideas y Acción (FAO) 153

mación) y con el sentido de fortalecer sus prácticas, demitificar las complejidades reales y ficticias de los procesos y procedimientos de investigación, planificación y comunicación, cooperar a la autoreflexión sobre sus modos de trabajo, particularmente aquellos que son o se desean participativos.

A los primeros, los universitarios, como una invitación al compromiso profesional y personal con tales proyectos de terreno, e incidiendo al menos en tres aspectos para los cuales la cuestión de los usos intencionales y planeados de la comunicación tiene gran relevancia:

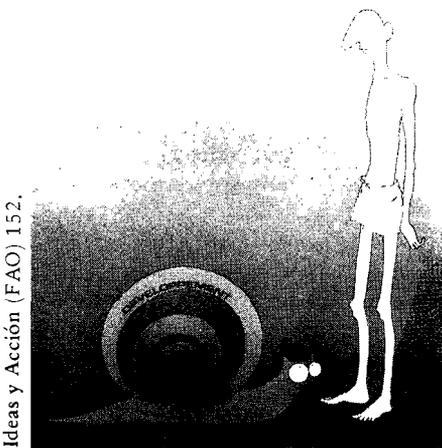
En primer lugar, respecto a la formación profesional del comunicador. Este se sigue preparando como si el único mercado de trabajo fuese el medio comercial (la radio, la televisión, el periódico, las relaciones públicas, la publicidad, el turismo). El compromiso ideológico y la postura crítica del estudiante de comunicaciones -hecho generalizado en la región- no se compadecen con las opciones tradicionales de trabajo ofrecidas o vislumbradas. La formación más propiamente técnica-profesional del comunicador queda así desvinculada de la formación teórica o ideológica más crítica que comúnmente se encuentra -al menos como intención- en los planes de estudio. A la vez, esta última se queda sin asidero en prácticas comunicativas congruentes con ella.

Al presentar diversos usos de la comunicación en proyectos específicos

que, en mayor o menor grado, tienen algo de "alternativo" frente a la comunicación masiva dominante, nuestra intención es colocar frente a los participantes otros tipos de prácticas comunicativas posibles en el horizonte de la formación profesional. La formación profesional debe responder a las necesidades que estas prácticas comunicativas van planteando.

En segundo lugar, situar el asunto de usos de comunicación en proyectos específicos más de tipo micro que macro, permite delimitar mejor los objetivos de aprendizaje y los contenidos temáticos del área de planificación de la comunicación. No es que seamos contrarios a la planificación de la comunicación a nivel social más amplio (es decir, al nivel de la formulación de programas, planes o políticas globales o sectoriales, en ministerios u oficinas centrales de planificación). Pero por razones teóricas, prácticas, políticas y estratégicas (que no es posible desarrollar aquí), preferimos enfatizar las necesidades y los procedimientos planificativos que se dan en proyectos de carácter más restringido en su ámbito (locales o regionales) y en los cuales, por tanto, también las posibilidades de participación de los "destinatarios" son más amplias y factibles. Nos parece mejor ir construyendo hacia arriba a partir de esos niveles micro, y no a la inversa.

Por último, esta delimitación más aterrizada permite formular nuevos desafíos para la investigación en comunicaciones. Uno de ellos es descubrir, identificar y formular nuevos problemas que requieren de investigación, problemas más concretos que problemáticas globales de la comunicación en una sociedad. Pero además se presenta también la cuestión de las formas y de los procesos metodológicos para estos nuevos objetos de estudio (y de acción transformadora). Cuanto más participativos sean los usos de la comunicación



Ideas y Acción (FAO) 152.

en proyectos, tanto más participativos también deberían ser los métodos investigativos con los cuales se enfrenta dicho objeto de estudio. Hacer esto es bastante más complejo que proclamarlo.

Hacia una investigación útil: desafíos

Detengámonos algo en este asunto de la investigación. La cuestión de la planificación comunitaria la hemos desarrollado en otro lugar (6). Antes de colaborar en CIESPAL/FES, me había tocado la riquísima experiencia de conducir técnicamente un masivo esfuerzo colectivo de investigación de ALER, la Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica (7). No es el momento de relatarla. Pero sí de destacar cómo la práctica investigativa es el único modo de lograr una más definitiva formación como investigador, y de alcanzar el derecho de hablar sobre y enseñar acerca de la investigación. Es esa formación mediante el hacer la que permite poner a prueba la formación librecita y los moralismos de los manuales metodológicos. Vivir el cotidiano de un proceso investigativo -a la vez inserto en procesos de acción transformadora que no se detendrán por aquel- tomar las grandes y pequeñas decisiones teóricas, metodológicas, operativas y logísticas, y responder prácticamente de los aciertos y desaciertos de ellas, aprender a ser humildes y recobrar mejor así el sentido de lo que uno hace... en fin, todas esas y tantas otras son parte imprescindible de la formación integral del investigador.

Todo ese cotidiano del investigar (y también del planear), la vivencia de las dificultades, riesgos, recompensas y multiplicidad de formas de los procesos participativos, es algo que difícilmente se puede 'enseñar'. Lo más que logramos en nuestros cursos y talleres es invitar a esas vivencias, recrear las posibles, poner en común las prácticas, los aciertos y desaciertos nuestros, de otros y de los propios participantes. Sobre todo, quizá lo que más logramos, amén de discutir, aprender y poner en marcha ciertos procedimientos operativos de acompañamiento a proyectos de base, es abrir nuevos rumbos, despertar el amor y la pasión por hacer algo, por aportar desde quehaceres profesionales como la investigación o la planificación, abrir los ojos hacia todo lo que podría hacerse, o hacerse mejor, frente a todo aquello que hemos dejado de hacer. Quizá también es lograr el claro convencimiento que tras el mito modernizante de la comunicación omnipotente, que

luego del denunciismo dolido por la sociedad futura que nunca llega, viene el momento valeroso de atreverse a arriesgar en pequeños pasos la construcción efectiva y dificultosa del mañana soñado. Arriesgar porque significa aceptar plenamente la historicidad, la falibilidad, la imperfección inherentes a las prácticas reales, en oposición al bello eufemismo de la práctica teórica, refugio academicista.

Hay aquí inúmeros desafíos para el investigador que se desea comprometido de hecho y no sólo de palabra con

**Lo importante es
no detenerse.
Y saber, además,
adónde se quiere llegar,
cómo y por qué.**

los grupos populares. Mutatis mutandi, vale también para el planificador de la comunicación y para el comunicador que no se avergüenza de su especificidad y de su oficio: comunicar. Entre tales desafíos:

a) Rescatar el valor social del proceso investigativo como objetivación de la realidad. La meta es que los sectores populares vinculados a proyectos de comunicación vayan adoptando formas más objetivas de entender y transformar sus realidades concretas. Parte de la tarea del investigador es colaborar al rescate de métodos adecuados para comprender mejor los procesos, las realidades, los problemas, las posibilidades y los límites de lo comunicacional popular. La perspectiva de que la investigación y sus métodos sirvan para implementar, corregir, evaluar proyectos concretos de comunicación popular no debe estar separada de esta discusión.

b) Favorecer la formación concreta en estrategias y métodos de investigación por parte de los sectores populares. Participar en la comunicación popular y en su investigación/evaluación no es sólo espontaneísmo: se "aprende" a participar en sus especificidades. El investigador que proclama su compromiso popular y no socializa los instrumentos metodológicos específicos que constituyen su saber-hacer en investigaciones está cometiendo un engaño y abusando de su poder social. Pero esto sin populismos baratos: hay destrezas de difícil transferencia en su oficio.

c) Acompañar los procesos comunicativos autónomos y originarios de los

sectores populares y otros que no lo son tanto, aportando como investigador, como evaluador, como educador, cuando sea necesario, pero sobre todo escuchando, aprendiendo, conviviendo en los problemas y en las alegrías cotidianas, de modo de crearse él una nueva agenda de preocupaciones, nuevos horizontes de lo real y de lo posible.

d) Demitificar su propio rol de investigador. El es en sí un instrumento metodológico: toma decisiones, elige, descarta, prefiere. El investigador no puede eludir su responsabilidad personal, y escudarse en la supuesta necesidad objetiva que le impondría tal teoría, tal cosmovisión, tal instrumento. No hay un solo método. Hay demasiados. Y se elige. Uno elige. Y para esas opciones creo que estará mejor orientado por el sentido y urgencias de lo popular en sus prácticas cotidianas que por las ambivalentes disquisiciones epistemológicas entre demiurgos y sumos sacerdotes de la Metodología.

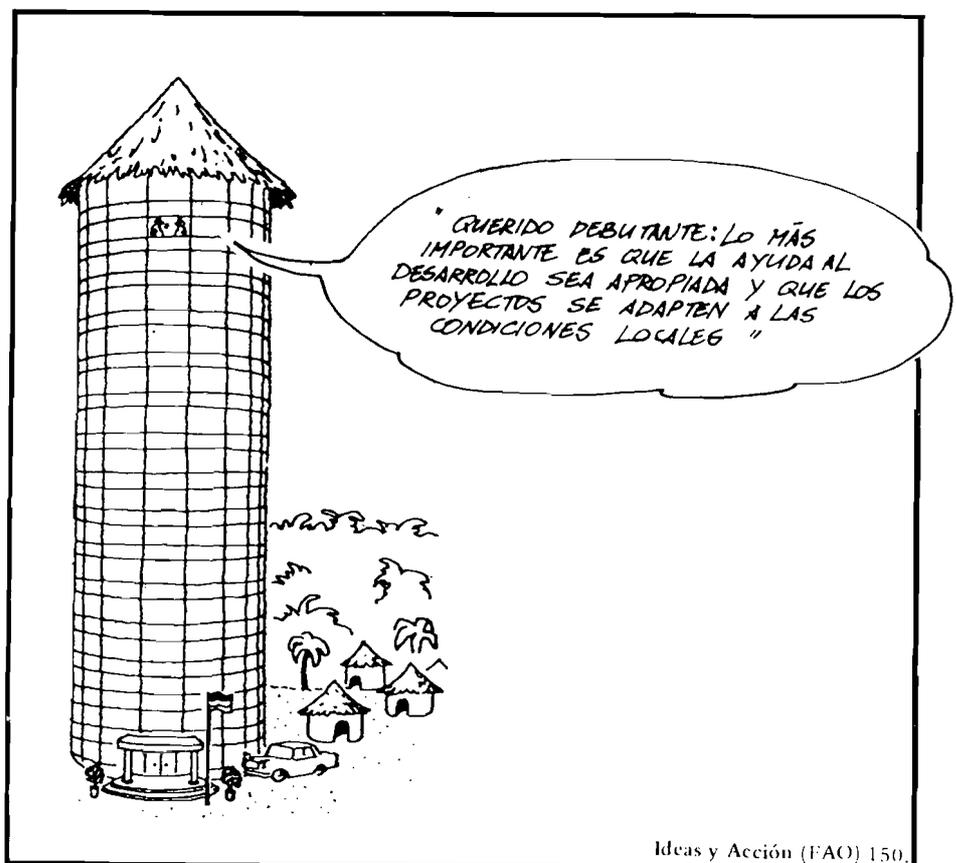
e) Deja de ser prisionero de la ley de martillo, que más o menos dice así: Dado un niño al cual se le entrega un martillo, éste descubrirá que todo necesita martillarse. En investigación tenemos muchos niños con martillos o serruchos que andan en juegos peligrosos. El investigador que acompañe prácticas de investigación popular pronto descu-

brirá no sólo la fragilidad de sus artefactos metodológicos, ni que hay momentos para lo investigativo (ya que siempre los sabrá hallar), sino sobre todo que hay momentos no investigativos, que no todo necesita ser investigado. Aprenderá, en suma, a apreciar momentos, niveles, grados y pertinencias del esfuerzo investigativo. Más aún, aprenderá a ser modesto.

¿Conclusión?

En verdad, no hay conclusiones a este ensayo. Más bien lo que he pretendido es revelar una serie de inquietudes, poner sobre el tapete mis subjetivismos y preferencias, presentar aportes polémicos quizá, pero jamás certidumbres. Para mí, se trata aún de una búsqueda, de un seguir aprendiendo. Pero es un aprender que no se cierra en sí mismo, porque entretanto uno hace algo, bien o mal. Se equivoca. Recomienda. No he hablado desde fuera. Las críticas a la modernización, al teoricismo, al practicismo son también autocríticas de mi propio itinerario.

Cuando al comienzo del ensayo decía que mi única certidumbre era la de que no lograría captar la riqueza de las prácticas en que me ha tocado la suerte de estar, apuntaba a la máxima



Ideas y Acción (FAO) 150.

enseñanza: es lo abstracto lo que debe elevarse a lo concreto, es la teoría la que debe subir a la altura de las prácticas. Aceptar de inicio la inconmensurable riqueza de éstas es el mejor antídoto contra teoricismos simplificadores y estériles, contra recetarios metodológicos dogmáticos. Privilegiarlas es la base para que la comprensión de ellas no sea meramente contemplativa, y para que los aportes formadores tales como, por ejemplo, métodos participativos en investigación o planificación, no devengan en imposición formal de racionalidades externas, sino que sean asumidos, apropiados e interiorizados como instrumentos al servicio de aquello que ya se hace con sentido y esperanza.

Agregaba también que tampoco esperaba que los destacados autores a quienes solicité su aporte para este CHASQUI logran encerrar cada temática. Así lo queríamos y así nos parece que fue, como se desprenderá de la lectura de sus trabajos. Al igual que este ensayo, todos ellos pretenden dar aportes para, contribuciones a, pero jamás la palabra definitiva ni El Camino.

Saque el lector sus propias conclusiones. Hemos querido mostrar aquí caminos abiertos y problemáticos. Lo importante es no detenerse, pese a las dudas. Asumir opciones concretas y entregarse a ellas, sin dogmatismos ni certidumbres, pero también sin titubeos diletantes. Valorar la crítica, cultivar la autocrítica, aportar en aquello donde

uno cree tener algo que decir, saber callar y saber aprender de los demás, y seguir formándose. Lo importante es no detenerse. Y saber, además, adónde se quiere llegar, cómo y por qué.

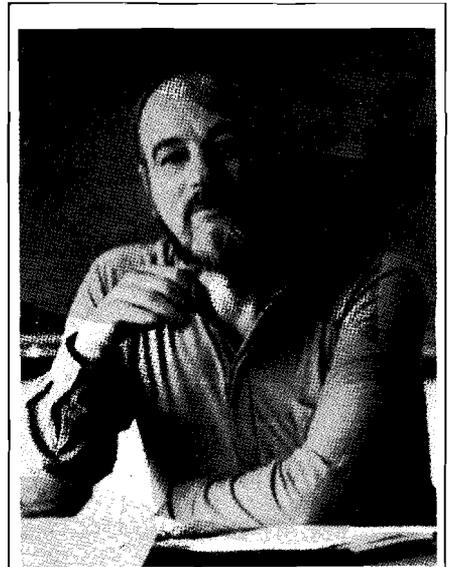
NOTAS

- 1.- Buena parte de esta sección y algo de la siguiente se basa directamente en mi disertación, luego publicada como "Brazil and Guatemala: Communications, Rural Modernity and Structural Constraints", en Emile McAnany (ed.), 1980, *Communications in the Rural Third World: the Role of Information in Development*. New York: Praeger Pubs. pp. 107-145. En otros momentos también recupero parte de ideas expresadas en artículos personales.
- 2.- Ver el comentario de Juan Díaz-Bordave en *Journal of Communication*, Vol. 34, No. 2, Spring 1984, pp. 195-7.
- 3.- Galjart, B. (1971) "Rural Development and Sociological Concepts: A Critique" *Rural Sociology*, Vol. 36. No. 1, pp. 31-41.
- 4.- Una fuente muy valiosa es el Apéndice A de Rogers, E. y L. Shoemaker, 1971, *Communication of Innovations: A Cross-Cultural Approach*. New York: Free Press.
- 5.- Beltrán, Luis R., 1976, "Alien Premises, Objects and Methods in Latin

American Communication Research". *Communication Research*, Vol. 3, No. 2, pp. 107-134.

6.- Contreras B. Eduardo, 1984, *Planificación Comunitaria*. Quito: CIESPAL, Colección Manuales Didácticos No. 6.

7.- ALER, 1982, *Análisis de los Sistemas de Educación Radiofónica*. Quito: ALER, Serie Investigaciones, 1.



EDUARDO CONTRERAS BUDGE, chileno, experto de la Fundación Friedrich Ebert en CIESPAL.

CHASQUI

REVISTA LATINOAMERICANA DE COMUNICACION

o POR UN NUEVO ORDEN INFORMATIVO

o NUEVAS CORRIENTES TEORICAS DE LA COMUNICACION

o COMUNICACION ALTERNATIVA

o DEMOCRATIZACION DE LOS SISTEMAS DE INFORMACION



o INNOVACIONES TECNOLOGICAS Y PEDAGOGICAS

o TEMAS DESARROLLADOS POR LOS ANALISTAS MAS REPRESENTATIVOS DE LA COMUNICACION DE AMERICA LATINA Y EL MUNDO.

Si requiere más información, diríjase a CHASQUI, apartado 584, Quito, Ecuador.

